

# Ana Ozores y santa Teresa de Jesús: «el coloquio de dos almas a través de tres siglos». Consideraciones acerca de la recepción de la autobiografía teresiana en *La Regenta*

LAURA GARCÍA SÁNCHEZ  
*Universidad Autónoma de Madrid*

**Resumen:** El presente estudio trata de establecer, a partir de los paralelismos biográficos y de las referencias intertextuales, la influencia de Teresa de Cepeda y Ahumada en la construcción psicológica de Ana Ozores. Dicha influencia, patente textualmente a raíz de la asimilación del *Libro de la Vida* en la segunda parte de la obra, parte de la existencia de unos antecedentes familiares semejantes, de las lecturas de infancia y adolescencia, de la reivindicación de la creación literaria femenina o de una concepción religiosa cercana al misticismo. Estas circunstancias vitales y culturales se erigen como los puntos de intersección entre ambas mujeres.

**Palabras clave:** Ana Ozores, santa Teresa, infancia, lecturas, misticismo.

**Ana Ozores and santa Teresa de Jesús: «el coloquio de dos almas a través de tres siglos». Considerations about the teresian autobiography's reception in *La Regenta***

**Abstract:** This study aims to demonstrate the influence of Teresa de Cepeda y Ahumada in the development of the psychological profile of Ana Ozores, using the similarities in their biographies and several intertextual references. Such influence, evident in the text since the reading of *Libro de la Vida* by Ana in the second part of the book, starts from the existence of a similar family history, the childhood and adolescence readings, the claim of literary female creation or a religious conception close to mysticism. These vital and cultural circumstances stand as the points of intersection between the two women.

**Key words:** Ana Ozores, santa Teresa, childhood, readings, mysticism.



El recorrido de la literatura mística española no podría explicarse sin el referente femenino de santa Teresa de Jesús. La recepción de la obra teresiana a través de los siglos ha llevado a la manifestación de actitudes vitales y religiosas estrechamente vinculadas a la tensión espiritual patente en el *Libro de la Vida*, obra de carácter autobiográfico en la que la religiosa abulense recurre a algunos de los preceptos de la picaresca en aras de resaltar su posterior conversión y unión con Dios a partir de las visiones.

La proliferación de obras y tratados acerca de la vida y de la producción literaria de santa Teresa de Jesús en la década de 1880 nos sitúa ante un panorama decimonónico marcado por el ejemplo teresiano. Y como no podía ser de otra manera, ese interés decimonónico por la figura de Teresa de Ávila encontrará en las mujeres un público ideal. De esta suerte, la obra de la Santa se erige como la lectura piadosa predilecta entre aquella parte del sector femenino con profundas inquietudes espirituales o consagrada a la vida conventual. Como consecuencia de ello, no resulta extraña la controversia surgida alrededor de la excesiva influencia de la Iglesia en la formación académica y religiosa de las jóvenes de la época, y, con ella, la degradación del referente teresiano<sup>1</sup>. La estereotipación de Teresa de Jesús y su exaltación mística (asociada por numerosos médicos del siglo a la patología psiquiátrica y a la somatización física) terminan por ser, en muchas ocasiones, motivo de escarnio público entre aquellos sectores de ideología liberal y/o republicana<sup>2</sup>. Tal es el caso del movimiento naturalista al que se adscribe Leopoldo Alas con su obra maestra, *La Regenta*. Dentro de esta encrucijada en la recepción de la vida y obra de santa Teresa, nos encontramos con la figura de Ana Ozores, cuya trayectoria vital, como veremos, corre en muchas ocasiones paralela a la de la religiosa renacentista, sea de forma inconsciente — en aquellas etapas previas a la lectura del texto biográfico teresiano — o con un afán claramente imitador — tras la lectura y personal interpretación del mismo —

---

<sup>1</sup> «By 1882 the question of Santa Teresa's hysteria was being hotly debated. It was clear that the perception of Santa Teresa as an hysteric existed well before Freud and Américo Castro. For the tricentennial, an essay competition was announced, eventually producing three prize winners: Juan Maura's *Santa teresa de Jesús y la crítica racionalista* (1883), Arturo Perales y Gutiérrez's *El supernaturalismo de Santa Teresa de Jesús y la filosofía médica* (1894), and Fathers Hahns's *Les Phénomènes hystériques et les revelations de Sainte Thérèse* (1883)» (Valis, 2000: 333).

<sup>2</sup> Entre los escritores de la época, Eduardo López Bago no duda en patologizar la figura de la Santa en su novela *El cura*, publicada en 1885 (Valis, 2000: 340)



Teresa de Cepeda y Ahumada y Ana Ozores parecen configurarse como un único modelo de mujer cuyo triunfo o fracaso dependerá de dos factores: el primero de ellos, será la fortaleza o debilidad de su espíritu ante las críticas de la sociedad renacentista o decimonónica respectivamente; el segundo, por su parte, se corresponderá con el cambio de perspectiva presente en la narración. A colación de este segundo factor, hemos de indicar que, mientras que es santa Teresa la responsable única de la información suministrada y el tratamiento de la misma — por su condición de personaje real y las exigencias del género autobiográfico —, Ana, como personaje literario, dependerá del filtro del narrador omnisciente en tercera persona — cuya omnipresencia se revelará a través de los juicios vertidos por otros personajes y que, en ocasiones, se corresponderán con las propias consideraciones de Clarín —.

Si santa Teresa de Jesús es una mujer marcada por la deshonra familiar y la persecución de la sociedad ante las pequeñas liviandades de su juventud (tales como la compañía poco recomendable de sus parientes o la herencia materna del gusto por los libros de caballerías), Ana Ozores se verá acosada por circunstancias similares — dentro siempre de las reglas vetustenses y decimonónicas — que favorecerán su caída al final de la novela. Al contrario de lo que sucede con la santa de Ávila, la debilidad en el carácter de la Regenta le impedirá encontrar una unión con Dios estable y duradera, pese a su arraigada religiosidad y a la constante batalla interna entre la virtud y la tentación que librará durante los tres años en los que transcurren los hechos<sup>3</sup>.

La anagnórisis de los capítulos III y IV que precede a la confesión general de Ana Ozores con su nuevo padre espiritual, don Fermín de Pas, nos permite conocer en profundidad la difícil infancia y adolescencia de Ana. En este sentido, la Regenta es categórica e implacable consigo misma: la deshonra ha sido también una presencia permanente desde su nacimiento. Lejos de los orígenes conversos de Teresa de Jesús, reside en Ana un pecado original que se articula en dos hechos: por un lado, la escandalosa procedencia de su madre, modista y bailarina italiana; por otro, su prematura orfandad debido al repentino fallecimiento de su madre cuando ella solo contaba con cuatro

---

<sup>3</sup> De acuerdo con las reflexiones de Elena Gascón Vera en torno a la inversión de los roles autor-lector y a la múltiple significación del texto — dado el peso de las circunstancias culturales a las que el emisor y el receptor se circunscriban — (1992: 151), llevaremos a cabo una selección de aquellos episodios de la biografía de la Santa con un mayor calado en la lectura de la Regenta tres siglos después, adoptando, para ello, el criterio de selección de los paralelismos vitales, psicológicos y literarios más notables entre ambas.

años de edad. Esta última circunstancia es vital para que Ana considere que «de esta desgracia nacían sus mayores pecados» (Alas I, 1989: 218).

El pecado inherente a su naturaleza se manifiesta por primera vez ante los ojos de la heroica ciudad mediante la correría de la niña (de nueve años de edad) con un amigo de infancia, Germán. La complicidad y las aventuras que ambos niños viven son el resultado de la fantasía de Ana, quien en lugar de querer «ser descabezados por Cristo» (como Teresa y su hermano Rodrigo), le pedirá al niño que vayan a matar moros para así difundir la religión cristiana —al modo de la poesía épica que encuentra en los estantes de la biblioteca paterna—. La noche que ambos pasan juntos en la barca de Trébol lleva a la invención de una calumnia que obligará a la pequeña al retiro consiente del mundo y a su reclusión en el campo, lugar en el que descubre su amor por las lecturas religiosas y en el que comienza su frustrada andadura literaria.

Atendiendo a la influencia de la figura paterna de Carlos Ozores, su condición de lector empedernido nos remite, en cierta medida, a los progenitores de la Santa. Frente a las vidas de santos que predominaban en la amplia biblioteca de Alonso Sánchez de Cepeda, la colección de lecturas del padre de Ana halla predilección en la mitología, en la filosofía y en muchas obras condenadas por el Índice de la época. De este modo, podría encontrarse una identificación de Carlos Ozores con Beatriz de Ahumada, madre de la religiosa abulense, pues, pese a su bondad natural, habrán de ser rechazados por sus propias hijas a causa de sus inclinaciones literarias. Por otra parte, don Carlos también sufre en sus propias carnes el rechazo de la sociedad, al igual que don Alonso a causa del origen converso de su familia, lo que provocó su traslado desde Toledo hasta Ávila con el fin de empezar una nueva vida lejos de las murmuraciones. El entorno hostil que rodea a Ana Ozores se erige como el perfecto caldo de cultivo para su solitaria, histérica e imaginativa personalidad. En este proceso de formación de su carácter, sobresaldrán muchas de las lecturas que la adolescente realice durante su estancia en el entorno natural de Loreto y que la conducirán al amor mariano y a una religiosidad exacerbada. Antes de ello, sin embargo, la herencia del amor por los libros de su padre ya había hecho mella en la Regenta, de forma que la literatura se había convertido durante la niñez en la perfecta sustituta de la madre y, también, en su mayor ambición, pues «La idea del libro, como



manantial de mentiras hermosas, fue la revelación más grande de toda su infancia. ¡Saber leer! esta ambición fue su pasión primera» (Alas I, 1989: 251).

Aún sin la capacidad suficiente, la huérfana compone en su cabeza multitud de historias en las que la figura de la madre ausente se convierte en la principal protagonista. No en vano, «la heroína de sus novelas de entonces era una madre». El ideal caballeresco adolescente de santa Teresa<sup>4</sup> (heredado de las lecturas de doña Beatriz) es sustituido por el ideal materno en Ana, para quien la madre es algo así como la máxima expresión del amor y de la belleza. La incesante imaginación de la pequeña se acrecienta en el ambiente rural de Loreto, de modo que la precoz invención de poemas es inevitable.

Con el paso de los años y debido al rechazo social que experimenta, la cercanía de Ana hacia los libros y hacia la creación literaria se intensifica. Tras la primera enfermedad nerviosa de la joven y la recomendación de aires de campo y mar por parte de los médicos, la muchacha es trasladada a una nueva casa de campo situada al norte de Vetusta. La calumnia de la noche de la barca se va desvaneciendo poco a poco en el recuerdo de la sociedad, pero no así en el de Ana, que, como postula Juan Oleza, se resigna ante su condición de víctima por la injusticia como si de una santa se tratara (1989: 84). Esta culpabilidad constante solo halla remedio en la identificación con otro pecador, san Agustín, tal y como le acontecería a santa Teresa a los treinta y nueve años de edad<sup>5</sup>. El descubrimiento del santo de Hipona constituye

---

<sup>4</sup> Tomando como punto de partida la distinción que establece Tomás Álvarez entre las lecturas de infancia y de adolescencia de la Santa, cabe indicar la primacía de las vidas de santos en los primeros años de Teresa (procedentes de la biblioteca paterna). Dentro de ellas, una destaca por encima del resto: el *Flos Sanctorum*, obra concebida como una recopilación de todas las gestas legendarias atribuidas a diferentes santos (2006: 42). Este *Flos Sanctorum* es en realidad la traducción al castellano de la *Leyenda áurea* escrita por el obispo genovés Giacomo da Varazze, cuya primera edición data de 1470. Por otra parte, Tanto García de la Concha como Álvarez se hacen eco del testimonio de Francisco de Ribera, uno de los primeros biógrafos de la Santa. Ribera insinúa que, en colaboración con el también entusiasta Rodrigo, Teresa emprende una de sus primeras aproximaciones hacia la escritura mediante la redacción de una breve novelita del género. En estos años juveniles, sin embargo, la producción literaria de Teresa de Cepeda y Ahumada no parece limitarse a esta novela de autoría doble. Para Álvarez es más que probable la existencia de algunos relatos autobiográficos «intensamente confidenciales, redactados en trances psicológicos cruciales» (2006: 277). Sea o no esto cierto, para García de la Concha es innegable que «la lectura de los libros de caballerías y el *Flos Sanctorum* ha ido configurando desde niña en la futura escritora un espíritu maximalista, con fuerte impregnación sentimental y proyectado hacia la acción» (1978: 549).

<sup>5</sup> La esperanza de la santidad a través del ejemplo y de las enseñanzas de san Agustín marca la producción literaria posterior de Teresa. Así las cosas, el *Libro de la Vida*, producto de la petición de su confesor de entonces, Juan García de Toledo, encuentra, para García de la Concha, «su precedente más directo en la obra agustiniana» (1978: 57). Uno de los rasgos caracterizadores de la misma es la presencia del elemento

un punto de inflexión en el pensamiento religioso de la hija de don Carlos, quien «lloró sobre las *Confesiones de San Agustín*, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento» (Alas I, 1989: 266).

La conversión de san Agustín, obrada como producto de las lágrimas de su madre, se convierte en el nuevo objetivo de la futura Regenta. A partir de esta lectura, Ana siente brotar en su alma una profunda religiosidad que le permite retomar su devoción hacia la madre de todos, la Virgen, que será la responsable de su santidad. Con la única compañía de la naturaleza, la adolescente emprende un proyecto literario basado en una colección de poemas dedicados a la figura de María<sup>6</sup>. De esta manera, se cumple lo sugerido por José Manuel González Herrán:

La vocación poética de Ana nace en su solitaria adolescencia, unida a una crisis mística [...] y estimulada por ciertas lecturas: San Agustín, Fray Luis de León, y sobre todo, San Juan de la Cruz. Como hiciera en su adolescencia el propio autor, Ana proyecta un libro, una colección de poesías *A la Virgen* [...] (BVMC7, 2007: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-la-regenta-escritora-y-escritura-0/html/018bf0ee-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_4.html#I\\_0\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-la-regenta-escritora-y-escritura-0/html/018bf0ee-82b2-11df-acc7-002185ce6064_4.html#I_0_)).

En esta misma línea, Mercedes Vidal Tibbits refiere que «su imaginación y la literatura son su única compañía hasta que descubre a San Agustín y, con él, los dulces placeres espirituales que puede ofrecerle la religión y, especialmente, la Virgen María, a quien Anita identifica inmediatamente con la Madre de los afligidos» (1989: 1537). Esta experiencia espiritual de primera juventud, sacada a la luz a partir de la lectura y la escritura, se ambienta

---

autobiográfico y la autoconciencia del pecado. A estos efectos, Patricia Bastida establece los siguientes paralelismos entre las dos obras: «El influjo del texto de san Agustín sobre el de Teresa se observa fundamentalmente en la frecuente utilización por parte de la Santa de pasajes del primero, aun sin advertirlo, así como en la presencia de un importante paralelo estructural y temático: el comienzo de ambos con la exposición detallada de la vida de “pecadora” de su protagonista previa a la conversión, que sirve de preámbulo al relato de la plenitud espiritual alcanzada después» (2006: 111-112).

<sup>6</sup> Aunque es la prosa el género predilecto de la Santa en aras de explicar aquellas vicisitudes vitales y religiosas que más nos interesan para este estudio, debemos atender especialmente a su producción poética, surgida, como expone García de la Concha, de dos cauces: bien del «impulso del trance místico», o bien del «ambiente ascético y devocional del carmelo femenino descalzo» (1978: 318-319). En cualquier caso, la riqueza de esa producción nos lleva desde coplas de gran sencillez formal (pertenecientes a su etapa de juventud creadora) a aquellos poemas de mayor elaboración estética y conceptual como resultado del estímulo divino al que se ha de dar voz.

<sup>7</sup> La sigla corresponde a la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

siempre en el apartamiento característico del *locus amoenus*. La propia santa Teresa exhortó la positiva influencia de la naturaleza en la lectura de textos religiosos y en la oración, tal y como resume Erika Lorenz:

Para llegar al recogimiento interior, ella aconseja, por una parte, la lectura de un texto espiritual. Por la otra, siente que le ayuda también la contemplación de la naturaleza, de la creación de Dios: menciona los campos, el agua, las flores, como realidades que le ayudan a recogerse, es decir, en el lenguaje de su época, a distenderse para llegar a aquel arrobamiento en el que ya no se percibe nada exterior e incluso se hace lo posible para aquietar la actividad interior del pensamiento y de la imaginación en la orientación hacia Dios (2005: 25).

Ana —sin conocer todavía la *Vida* de Teresa y sus recomendaciones espirituales— manifiesta una concepción de la práctica y del pensamiento religioso íntimamente ligado al de la Santa. Ambas creen en la necesidad de un aislamiento del exterior gracias al cual el pensamiento (a través de la lectura de textos adecuados y del recogimiento que proporciona la contemplación del lugar ameno) pueda acceder a Dios. Asimismo, la naturaleza es capaz de sobrecoger el alma y conducir a un estado cercano al del arrobamiento tereciano: «Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento. No osaba levantar los ojos. Temía estar rodeada de lo sobrenatural» (Alas I, 1989: 274-275).

La completa orfandad de la muchacha nos traslada de nuevo a la cerrazón social y cultural de Vetusta, donde finalmente todas las aspiraciones literarias y religiosas de la joven quedarán frustradas. La mala consideración social de la escritura femenina en el ambiente de la ciudad inhibe cualquier intento de Ana, que es humillada a causa de esta afición tanto por sus tías como por los círculos selectos. La literatura no es una actividad digna para las mujeres virtuosas en Vetusta, y así lo asume Ana Ozores, sin réplica ni reivindicación posible.

En este clima de constricción total, Ana abraza la idea del convento, puesto que empieza a ser consciente de su superioridad moral. Pero esta resolución tampoco satisface sus aspiraciones espirituales, tal y como advierte el primer confesor vetustense, Ripamilán. En este sentido, la falta de conexión con su

primer padre espiritual, quien atribuye los deseos de encierro conventual de la joven Ozores con el tratamiento literario de las monjas en el romanticismo, termina por desalentar a la Regenta. Gracias a sucesos como este, Ana acaba considerando la vida conventual como una prolongación de los vicios de la heroica ciudad. La influencia del exterior en la clausura es concebida como un peligro que atenta en contra del recogimiento y de la cercanía con Dios que se persigue. El modelo de san Agustín sigue muy presente en el pensamiento religioso de Ana, y a él se une, por primera vez, el de santa Teresa, pues «El claustro era probablemente lo mismo que Vetusta; no era con Jesús con quien iba a vivir, sino con hermanas más parecidas de fijo a sus tías que a San Agustín y a Santa Teresa» (Alas I, 1989: 311). En esta encrucijada, la única alternativa posible es el matrimonio. A escondidas y con la ayuda de Frígilis y del propio Ripamilán, Ana se compromete con el regente Quintanar, hombre que a partir del matrimonio no representará el papel de esposo, dado que se erigirá como una nueva figura paterna. Como señala M<sup>a</sup> del Carmen Bobes, «las relaciones de Ana con su marido no son nunca normales», ni tan siquiera en la luna de miel, pues «en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína... » (1985: 112).

A propósito de Quintanar, es preciso indicar cómo en su rol de padre vuelve a repetir el patrón de lector empedernido que ya hemos señalado en Carlos Ozores, Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz de Ahumada. La desmedida afición del antiguo regente por el teatro clásico español no determina en nada los gustos teatrales y literarios de su esposa, quien, de la misma forma que la santa de Ávila con su madre, condena la obsesión de su marido por ese género teatral, escarapate de todo tipo de personajes que actúan en contra de la religión. Así las cosas, una vez que la joven se encuentre dominada por los postulados teresianos, tratará de obrar la conversión de su marido. Este pasaje refleja, además, la identificación de Quintanar con don Alonso en la mente de su esposa, reforzando así la equivalencia entre estas dos figuras paternas:

El primer objeto a que Ana quiso aplicar su caridad ardiente, fue la conversión de su marido. Santa Teresa había trabajado por la piedad de su padre, que ya era cristiano de los buenos, pero habíale ella querido más piadoso todavía. Ana se propuso emplear su celo en ganar para Dios el alma de su don Víctor, «que venía también a ser su padre» (Alas I, 1989: 281).



Fuera de la anagnórisis de los capítulos III y IV, encontramos a una Ana invadida por ataques nerviosos a los que todavía ningún médico ha sabido poner nombre y remedio<sup>8</sup>. A sus 27 años de edad, la de Quintanar sufre los siguientes síntomas: «no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia, en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales» (Alas I, 1989: 229). Su estado empeorará a lo largo de la novela en varias ocasiones, lo que la guiará nuevamente a la senda de la literatura religiosa a través de la *Vida* de Teresa de Cepeda y Ahumada y al misticismo de su adolescencia. Antes de retornar a este extremo, la vinculación de Ana Ozores con la vida religiosa de Vetusta ha sido, cuanto menos, distante. La joven no participaba de las actividades de ninguna cofradía ni acudía con regularidad a los actos benéficos organizados por las mismas en colaboración con las jerarquías eclesiásticas. Este progresivo alejamiento del entorno de la Iglesia se rompe con el hallazgo de un alma hermana como la del Provisor, quien permite en primera instancia que la esposa de Quintanar abandone la culpabilidad por la experiencia mística.

Así, en el noveno capítulo de la obra, Ana decide regresar a la contemplación de la naturaleza tras la visita al Magistral una tarde de otoño. El paseo por el prado en compañía de Petra, su doncella, sume a la protagonista en un estado de complacencia y placidez cercano al que experimentaba en aquellos lejanos días de su adolescencia junto a la lectura de san Agustín. El bienestar espiritual de Ana aumenta conforme lo hace el poder del demonio, representado simbólicamente mediante la figura de un sapo: «Un sapo en cucullas, miraba a la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía a un palmo de su vestido. Ana dio un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones» (Alas I, 1989: 429). Este referente simbólico, sin embargo, no es producto de la imaginación de Ana o de su creador, Leopoldo Alas. La viscosidad y la fealdad del sapo, semejantes a la materialización de la maldad del demonio, han sido vinculadas a algunas referencias a este animal realizadas por santa Teresa. Gonzalo Sobejano, en la introducción a

---

<sup>8</sup> En *Teresa de Jesús: enferma o Santa*, el Catedrático de Cirugía Antonio López Alonso recoge el diagnóstico de médicos como Roberto Nóvoa Santos o Pablo Bilbao Arístegui, quienes, a principios del siglo XX, consideraron la histeria y la neurosis como las enfermedades nucleares de santa Teresa.

su edición de *La Regenta*, observa una filiación claramente teresiana en este símbolo demoníaco (1976: 47). Acudiendo al capítulo VII del *Libro de la Vida*, Teresa identifica de la siguiente manera al demonio, que le hace creer en la imposibilidad de que la imagen del cuerpo de Cristo se presente ante sus ojos:

Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros (y otras personas que estaban allí también lo vieron) una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. [...] ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí! (Teresa de Cepeda y Ahumada, 1978: 163).

Para Teresa de Jesús, en palabras de Lorenz, «el llamamiento hacia el interior va precedido de tentaciones» (2005: 76). En base a ello, Ana Ozores podría considerar la lucha con la tentación representada por Mesía como la mejor forma de obtener esa espiritualidad que tanto anhela.

Poco a poco, Ana va recuperando el extremismo religioso de su juventud. Las imágenes del demonio – Mesía – se suceden tanto en la realidad como en su imaginación, y estas han de ser combatidas mediante prácticas religiosas como la confesión o las lecturas piadosas recomendadas por el Magistral. Entre ellas, la *Vida* de santa Teresa ocupa un lugar privilegiado. La primera reacción de Ana Ozores ante el encargo de su confesor denota la admiración que la de Quintanar siente hacia Teresa de Jesús, de quien, sin duda, tiene numerosas referencias que posibilitan su identificación con la figura de la Santa:

¿Qué había sido Santa Teresa? Una monja, una fundadora de conventos; ¿cuántas monjas había habido que no habían pasado de ser mujeres vulgares? [...] Y, sin embargo, a la Santa Doctora; ¿qué mundos tan grandes, qué Universo de soles no la había dado aquella vida del claustro? La gran actividad va en nosotros mismos, si somos capaces de ella (Alas II, 1989: 136-137).

Frente a la vulgaridad y bajeza de la rutina del convento, Ana prefiere un modelo rígido y contemplativo, como el de santa Teresa. Dicha preferencia vendría a encontrarse en consonancia con muchos de los rasgos psicológicos de la propia Regenta indicados por Oleza, pues «todo lo que sea actividad

despierta en ella defensas instintivas: bien sea el adulterio o la religiosidad activa» (1989: 84).

La favorable disposición de Ana hacia la *Vida* de la Santa contada por ella misma no se transforma en una lectura real hasta que la extenuación nerviosa arrastre a la Regenta hasta el reposo absoluto. Durante la larga enfermedad y convalecencia entre los capítulos XIX y XXI de la novela, Teresa pasa a ser su mejor compañera y confidente. En ella, la huérfana halla otra alma hermana y un ejemplo de integridad moral inquebrantable que ha sabido sobreponerse a la deshonra de su convulsa juventud. La providencial irrupción de esta lectura en la vida de Ana parece salvar su fe mostrándole el camino a seguir desde el preciso momento en el que, sin haber abierto el libro, la convaleciente Ana advierte su presencia.

Con la compañía de la lectura de santa Teresa, Ana Ozores mitiga las horas de soledad durante su recuperación. Conforme avanza en el relato autobiográfico de las experiencias vitales y religiosas de la Santa, su admiración hacia Teresa de Cepeda y Ahumada alcanza el grado de idolatría. Asimismo, el estrecho conocimiento de su vida supone una revelación para la enferma, que culmina más de una década después ese proceso de conversión iniciado tras la lectura de las *Confesiones de San Agustín*. La plena identificación que Ana siente con la religiosa lleva a una imitación consciente de algunos de los hábitos de la Santa, tales como la correspondencia con el confesor o la lectura de obras como el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna (obra a la que ni Ana ni Fermín tienen acceso, a pesar de la búsqueda de la criada de Ozores en las librerías de Vetusta). Igualmente, esa admiración conduce al encuentro con Teresa de Jesús en el plano de la imaginación y de la hipótesis y al traslado onírico de Ana hasta la época teresiana.

La monja acaba convertida así en una presencia constante en la vida de Ana y en la de todos aquellos que la rodean. La activación de la idea de la escritura a través de todo aquello que la Regenta querría comunicarle a Teresa toma forma mediante la activa correspondencia que, con las criadas de ambos como intermediarias, se inicia entre la protagonista de la novela y su confesor. La estrecha unión espiritual con De Pas constituye la única diferencia que Ana Ozores encuentra entre ella y su idolatrada Teresa, puesto que «mejor era su suerte en lo tocante al confesor. Veinte años lo había buscado Teresa de Jesús como convenía que fuera, y no parecía» (Alas II, 1989: 255).

Todo lo expuesto entronca con los planteamientos de Ezama Gil, quien observa que el modelo de mística que se establece mediante la figura de santa Teresa traspasa los límites del mero acercamiento lector por parte del personaje de Ana y desemboca en un claro afán imitador<sup>9</sup>.

Con todo ello, Ana Ozores recupera la escritura a través del género epistolar. Las largas misivas que dirige al Magistral contribuyen a estrechar la intensa relación de los dos hermanos espirituales y parecen producto del ejemplo de Teresa, siempre en continua comunicación con sus distintos confesores mediante el juego de cartas. Las fórmulas de tratamiento empleadas por la Regenta, que oscilan desde el empleo del vocativo hasta la elección de fórmulas mucho más afectivas como «amigo mío» tienen su antecedente en la innovación epistolar teresiana. Así, Dámaso Chicharro nos habla de un «estilo personalista» en santa Teresa, el cual encuentra su raíz en la alteración de las fórmulas de tratamiento habituales que puede percibirse tanto en el epistolario de la religiosa como en su *Libro de la Vida* (1978: 92). Sea como fuere, Ana concibe estas cartas como todo un ejercicio literario en el que dar rienda suelta a sus arranques místicos. Los campos semánticos de esas misivas tendrán como protagonistas a Dios, al demonio, a la naturaleza y al hermanamiento entre confesor y feligresa, si bien Teresa de Jesús y las referencias intertextuales a su obra sirven como enlace de todos ellos.

El tono afectado y cariñoso de estas cartas irá evolucionando hasta la completa desesperación una vez que los acontecimientos se precipiten. A petición de su nuevo y joven médico, Benítez, Ana inicia la redacción de unas memorias en las que los placeres terrenales se imponen a las preocupaciones del espíritu. Sin embargo, el referente de Teresa de Jesús sigue muy presente en la recuperada Regenta, quien, además de reproducir el modelo de escritura autobiográfica de la monja de Ávila, adopta un cambio de perspectiva también presente en el *Libro de la Vida* — donde se pasaba del receptor único, Juan García de Toledo, al receptor múltiple, las monjas carmelitas—. González Herrán destaca la relevancia de estas memorias y apunta a la vinculación de las mismas con el «libro teresiano, que ella misma había leído durante su convalecencia»<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> BVMC, 2003: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-y-el-modelo-teresiano---ejemplaridad-y-escritura-literaria-0/html/ffe8ee72-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_7.html#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-y-el-modelo-teresiano---ejemplaridad-y-escritura-literaria-0/html/ffe8ee72-82b1-11df-acc7-002185ce6064_7.html#I_1_)

<sup>10</sup> BVMC, 2007: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-la-regenta-escrito->

La recuperación del hábito literario autobiográfico va unida al bienestar físico y a la mayor libertad de actuación de Ana. Estas fuerzas renovadas nos llevan hasta una mujer capaz de reclamar para sí los beneficios del ejercicio literario, actividad por la que había sido rechazada socialmente pero que, de acuerdo con su nueva mentalidad, piensa seguir practicando.

A pesar de la voluntad explícita de olvidar la influencia teresiana, las reflexiones de Ana nos revelan otra de las coincidencias existentes entre ambas. Al igual que la Santa, la esposa de Quintanar juzga la fantasía indisciplinada como una de las mayores amenazas posibles para la religión y, finalmente, para la salud que tanto le ha costado recobrar. Para Isabel Navas Ocaña, el desenlace de la novela implica la identificación de Teresa de Jesús con doña Inés, la desdichada novicia del drama de Zorrilla, puesto que «Santa Teresa se convierte entonces en un reflejo de Doña Inés, la novicia que muere y salva al seductor y, por ello, mientras la novela finaliza con la muerte social de Ana, Álvaro y Fermín pueden continuar con sus vidas y sus conquistas» (2008: 151).

La vuelta a la catedral supone la irrupción de esas voces sobrenaturales del alma y de «aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta». El demonio —aquel sapo teresiano— se ha impuesto a través del lascivo beso del acólito Celedonio, pues la Regenta, en su imaginación, «había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo» (Alas II, 1989: 598).

En definitiva, la deshonra familiar y personal, las patologías de difícil diagnóstico clínico, el amor por la literatura o la exaltación mística son algunos de los puntos en común que hemos podido observar en la configuración de la personalidad de santa Teresa de Jesús y Ana Ozores. A través de su intenso bagaje vital y cultural, estas dos mujeres constituyen un ejemplo de recepción literaria y escritura femenina que, con distinta suerte en cada caso, fue motivo de aislamiento social y apartamiento voluntario. Salvando las distancias existentes a causa de los tres siglos que las separan, la ausencia de un referente materno desemboca en el refugio de la devoción mariana y, tras él, en una intensa y agotadora unión con Dios. Asimismo, el importante papel de sus progenitores y allegados como transmisores de la cultura de su tiempo las sitúa en un ambiente propicio para el desarrollo de una imagina-

ción desbordante, algo que, unido al conocimiento y a la afición de modelos comunes, hace inevitable su identificación.

Incomprendidas y puestas en cuestión por sus propios confesores y por la sociedad de su tiempo, es su diferente actitud ante las críticas y ante la tentación acechante la que bifurca sus respectivas evoluciones hacia la santidad o hacia la caída moral. Si bien la Regenta termina por rechazar el modelo teresiano al igualarse al prototipo femenino imperante en *Vetusta*, su influenciable naturaleza se encuentra más inclinada hacia el ejemplo propuesto por Teresa de Cepeda y Ahumada en su *Vida*, pues, no en vano, «en cuanto la dejaban sola, y eran largas sus soledades, los ojos se agarraban a las páginas místicas de la Santa de Ávila, y a no ser lágrimas de ternura, ya nada turbaba aquel coloquio de dos almas a través de tres siglos» (Alas II, 1989: 206).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALAS, Leopoldo (1989), *La Regenta I*, ed. de Juan Oleza, Madrid, Cátedra (4ª ed.)
- (1989), *La Regenta II*, ed. de Juan Oleza, Madrid, Cátedra (4ª ed.).
- ÁLVAREZ, Tomás (2006), *Cultura de mujer en el s. XVI. El caso de Santa Teresa*, Burgos, Monte Carmelo.
- BASTIDA RODRÍGUEZ, Patricia (2006), *Santa o hereje: la otra Teresa de Ávila en "Impossible Saints" de Michèle Roberts*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears.
- CHICHARRO, Dámaso (1978), «Introducción», *Libro de la Vida*, Madrid, Cátedra, págs. 9-104.
- EZAMA GIL, Ángeles (2003), «Ana Ozores y el modelo teresiano: ejemplaridad y escritura literaria», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-y-el-modelo-teresiano---ejemplaridad-y-escritura-literaria-0/html/ffe8ee72-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_7.html#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-y-el-modelo-teresiano---ejemplaridad-y-escritura-literaria-0/html/ffe8ee72-82b1-11df-acc7-002185ce6064_7.html#I_1_) (consultado el 11 de mayo de 2015).
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1978), *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel.

- GASCÓN VERA, Elena (1992), *Un mito nuevo: la mujer como sujeto/objeto literario*, Madrid, Pliegos.
- GONZÁLEZ HERÁN, José Manuel (2007), «Ana Ozores, La Regenta: Escritora y escritura», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. [http://www.cervantes-virtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-la-regenta-escritora-y-escritura-0/html/018bf0ee-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_4.html#I\\_0\\_](http://www.cervantes-virtual.com/obra-visor-din/ana-ozores-la-regenta-escritora-y-escritura-0/html/018bf0ee-82b2-11df-acc7-002185ce6064_4.html#I_0_) (consultado el 11 de mayo de 2015).
- LORENZ, Erika (2005), *Teresa de Ávila. Las tres vidas de una mujer*, Barcelona, Herder.
- NAVAS OCAÑA, Isabel (2008), «La Regenta y los feminismos», *Estudios Filológicos*, nº 43, págs. 141-154.
- OLEZA, Juan (1989), «Introducción», *La Regenta I*, Madrid, Cátedra, págs. 11-102.
- SOBEJANO, Gonzalo (1976), *La Regenta*, Barcelona, Noguer.
- VALIS, Noël (2000), «Hysteria and historical context in *La Regenta*», *Revista hispánica moderna*, año LIII, págs. 325-351.
- VIDAL TIBBITS, Mercedes (1989), «La dinámica de la soledad de Ana Ozores en *La Regenta*», *Actas X del Congreso Internacional de Hispanistas*, págs. 1535-1539.

